

garos, terminando las contiendas que se originaron en aquel país con motivo del cisma griego.

En sus Estados solo confiaba la administración de justicia á personas de talento y de carácter: renovó las costumbres de presidir tres veces por semana una junta de cardenales, donde á todos era permitido proponer cuestiones; en sus fallos iba unida la imparcialidad con el profundo conocimiento de la ley. Se cree que él estableció las actuaciones por escrito, que excluyen la sospecha de que se hayan cometido fraudes, y aseguran la regularidad de los procedimientos (1). Puede decirse que entonces se hallaba en Roma el supremo tribunal de apelación de todas las causas importantes; lo cual da idea de cuán ocupado debía hallarse para resolverlas. Asistía siempre á los consistorios donde se debatían; oía frecuentemente él mismo á las partes en secreto, examinaba las actuaciones y hacía ménos sensibles las sentencias contrarias por la manera con que estaban extendidas. Baste decir que nos quedan tres mil ochocientas cincuenta y cinco cartas escritas la mayor parte por él mismo, y que divididas en catorce años (faltan las correspondientes á cuatro) dan por término medio doscientas setenta y cinco cada año.

Sagaz en prever los efectos, de tenaz memoria y extraordinaria erudición, elevado en sus ideas, firme en la ejecución, le daban fuerza los obstáculos, respondía y obraba con prontitud aunque no con precipitación; con circunspección, no con vacilaciones, y siempre despues de haber consultado á los cardenales; era severo con los obstinados, benévolo con el que cedía, é inclinado á creer el bien y á perdonar. Las órdenes que se dieron durante su reinado ninguna sufrió alteración; y si se equivocó alguna vez por su excesiva confianza en sus embajadores, esto debe atribuirse al gran número de negocios de que estaba rodeado.

El primer encargo que hacía á sus legados era que vigilasen la conducta del clero, que apoyasen la razón, extirpasen los abusos, arreglasen las diferencias, y que en cuanto lo permitieran las circunstancias reprimiesen el deseo de lucro. También procuraba extirpar los escándalos entre los seglares, introducir costumbres que produjesen mas gravedad en las maneras, mas orden en la vida, y proteger el matrimonio contra los voluptuosos caprichos de los príncipes. Felipe Augusto de Francia se desposó con Ingelberga, hija de Valdemar I, rey de Dinamarca; y aunque era muy bella, llegó á causarle tal repugnancia que no se consumó el matrimonio. Entonces se procuró hallar parentesco entre esta y la primera mujer de aquel, y el parlamento de Compiègne anuló este enlace. Conducida la jóven ante el congreso, sin nadie que la defendiese de las escandalosas imputaciones, y no comprendiendo tam-

(1) Véase el 2º cán. del IV concilio lateranense *De probatione*.

poco su lengua, solo sabía repetir. ¡Francia mala! ¡Francia mala! ¡Roma! ¡Roma! que equivalía á apelar al papa; de modo que Celestino III llamó á sí el asunto; pero Felipe Augusto, sin esperar á mas se casó con Ines de Meranie. Inocencio III puso entonces en entredicho al reino de Francia, y obligó al rey á tomar de nuevo á Ingelberga (1). Además excomulgó á Alonso IX de Leon que se habia casado con una parienta suya.

Esta autoridad establecida en el Cristianismo para unir á los que lo profesaban, proteger los derechos, señalar los deberes de todos, hacer respetar la ley por los súbditos y los príncipes, y servir á Dios igualmente por medio de la verdad y la justicia, era con gran fe proclamada por Inocencio. Abrigaba una fervorosa devoción cuando predicaba y celebraba los divinos oficios, y sus homilias demuestran lo muy versado que era en las Sagradas Escrituras. Compuso varios himnos que aun se cantan en la Iglesia; escribió un libro sobre la educación de los príncipes; apreciaba á Atenas por sus antiguas glorias, y á Paris por su universidad, á la cual dió reglamentos y privilegios; favoreció á los sabios y protegió las artes, reconstruyendo iglesias y adornándolas con pinturas; confió muchas comisiones á Marchione de Arezzo, primer escultor y arquitecto del renacimiento, y dió mayores proporciones y adornos á San Pedro y á San Juan de Letran; además hizo levantar en la plaza de Nerva la torre llamada de los Conti, maravilla de aquel tiempo (2).

Tolerante en todos sentidos, permitía cuanto no ocasionase un verdadero daño. Dejaba á los Septentrionales que continuasen comiendo carne de caballo; á los Islandeses que se entretuvieran con ejercicios de natación y saltasen á pié y á caballo, trepasen por las rocas y descendiesen á los precipicios; costumbres nacionales que la reforma proscribió despues. Procuró que los Judíos no causasen males, pero cuidó también de que no se les hiciese ningun daño. Mitigó en cuanto estuvo de su parte los horrores de la guerra de los Albigenses; defendió al conde de Tolosa contra los furibundos Cruzados, y devolvió al hijo de este los bienes que le habian sido arrebatados. Permitió á los frailes de Altariva en el Friburgo trabajar en los campos el día de fiesta; á los de Lanternberg que comiesen carne cuando escasease el pescado. En las dis-

(1) Los antiguos historiadores franceses, siempre postrados ante los reyes, echan toda la culpa á Ingelberga. La *Porte du Theil* fué el primero que hizo ver la justicia de su causa, en la edición de las cartas de Inocencio III; despues fué demostrada por Gerand en una disertación premiada por el Instituto de Francia en 1844. En un libro contrario á la Iglesia se lee: « Los que no ven en la intervención de Inocencio III sino un acto de ambición, lean sus cartas á Felipe. Su moderación, su paciencia y su deseo de averiguar la verdad descubren un alma ansiosa solo de la justicia; y no vacila en acusar á Ingelberga cuando sus quejas le parecen infundadas. » *Encicl. nouvelle*, palabra *Femmes*, pág. 219.

(2) Quedó resentida por el terremoto de 1349 y fué demolida despues en tiempo de Urbano VIII.

pensas matrimoniales usó aquel poder superior, el cual hace que la ley no degenera en una inflexible tiranía. Frecuentemente predicaba que el pecado mas imperdonable es el que se comete desconfiando de la bondad de Dios.

Destinó para los pobres los donativos que se ofrecían en la Iglesia de San Pedro y la décima parte de todas sus rentas. Los presentes, que siguiendo la costumbre, ponían á sus piés, los remitía á su limosnero. Del tesoro que halló, hizo separar una parte para los casos imprevistos, y el resto lo distribuyó entre los conventos de Roma. Dotó á los establecimientos de beneficencia; en una época de escasez mantuvo diariamente á ocho mil pobres, además de las limosnas que distribuía por las casas; muchos recibían quince libras de pan por semana, y hasta algunos se presentaban cuando concluía de comer para recoger los sobrantes de su mesa.

Aun subsiste como monumento insigne de su liberalidad el hospital del Espíritu Santo en Sassia. Habiendo traído unos pescadores del Tíber tres niños ahogados, Inocencio se enterneció tanto que trató de proveer en adelante al socorro de estas desgracias. Reedificó, pues, y ensanchó aquel hospital de origen anglo-sajon, dotándole generosamente y mandando que en lo sucesivo, en la octava de la Epifanía, el papa llevase allí en solemne procesión el Santo Sudario, y exhortase á los Cristianos á la caridad, dándoles él mismo el ejemplo distribuyendo pan, vino y carne á cuantos asistiesen á aquel acto. Mil quinientos enfermos habia constantemente reunidos en aquel hospital, además de los pobres que en el mismo se mantenían de todas clases y de todos los países. El gasto de este establecimiento se ha calculado despues en cien mil escudos anuales (1).

Tal era entonces un papa; tal Inocencio III, que se preparaba á concluir un edificio, cuyas bases habian sido ya aseguradas, y en el que cada uno de los pontífices habia puesto una piedra (E).

Desde el mismo día en que tomó posesión del pontificado se propuso dos objetos: redimir la Tierra Santa y perfeccionar la Iglesia en lo tocante á la moral y á la dignidad de sus prelados, haciéndola en lo posible independiente del poder temporal.

En primer lugar debia afianzar su poder en Roma. En esta ciudad los nobles se habian engrandecido prevaleciéndose de las contrarias pretensiones del emperador y del pontífice, porque el primero como defensor de la Iglesia Romana se atribuía la soberanía, el derecho de conferir feudos y juzgar las causas; á todo esto se oponían los papas. Los señores se decidían por uno ó por otro, segun convenia á sus intereses. El pueblo se inclinaba mas á obedecer á un señor como el papa que residía en la misma población.

(1) En las recientes estadísticas encuentro que en el hospital del Espíritu Santo se reciben anualmente ochocientos expósitos y se recogen ordinariamente dos mil y ciento.

El poder del César estaba representado por el prefecto de Roma, que se hallaba investido por el emperador de la facultad de juzgar; desde el tiempo de Arnaldo subsistía también un senado cuya autoridad, que provenía del pueblo, se habia reducido á uno solo, y este extranjero era jefe supremo de la justicia, del gobierno civil, de la fuerza y centro de toda la administración, ejerciendo así una autoridad semejante á la que en otros puntos desempeñaban los podestades. Inocencio obligó al prefecto á que le prestase el homenaje de vasallo, haciendo que recibiera de su propia mano el manto, y haciéndole también jurar que renunciaria á él cuando el papa se lo mandase. Obligó asimismo al senador á hacer uso de su autoridad, no ya en nombre del pueblo, sino en el del papa, al cual debia jurar no solo que no obraría maliciosamente contra él, sino que además le mantendría en el uso de los derechos pertenecientes á San Pedro, velando por la seguridad de los cardenales y la de sus familias (1).

Cercenada así en Roma la autoridad real, invitó á los habitantes de la Marca de Ancona y del ducado de Espoleto á expulsar á los señores que les habia impuesto Enrique VI. Así lo hicieron; y de este modo el Estado de la Iglesia no era ya un mero nombre, sino una exacta realidad. Trató además de unirle el exarcado de Rávena y las tierras de la condesa Matilde; pero defendiéndolas con firmeza Felipe de Suabia, á quien estas habian sido adjudicadas como mero ducado de Toscana, y siendo por otra parte dudosos los derechos del papa, Inocencio favoreció el espíritu de libertad que existía en Toscana, induciendo á sus habitantes á que se aliasen, como lo habian hecho los Lombardos para conservar sus franquicias. Fué bien acogida su determinación, y mientras que las ciudades de Pisa, Pistoia y Poggibonzi se mantenían fieles al imperio, Florencia, Luca, Volterra, Prato, Samminiato y otras se unieron entre sí para mutua seguridad.

Los Sicilianos, que como hemos visto eran gente instruida y que empezaban á hacer oír en su lengua los acentos de la poesía, consideraban á los Alemanes como bárbaros, con tanto mas motivo cuanto que Enrique VI parecia haber estudiado el modo de hacerse odioso. Él mismo se convenció de lo mal que habia dispuesto los ánimos en favor de su hijo Federico, por lo cual al morir se lo recomendó al papa. Aceptó este la recomendación, pero poniendo por condición algunas modificaciones en el privilegio de la monarquía, las cuales eran que los obispos fuesen elegidos canónicamente, y que el rey los confirmase; que á todo eclesiástico siciliano se le permitiese apelar á Roma, y que el papa pudiese enviar sus legados á la isla. Constanza no pudo negarse á admitirlas, y cuando

(1) Antonio Vitale escribió la *Storia de' Senatori di Roma*; pero esta es obra que mereceria rehacerse, siendo extraño que no haya todavía una historia de Roma por haberla siempre confundido con la de los papas.

1198. murió, dejó á Federico bajo la tutela del papa con la asignacion de treinta mil tarines.

Inocencio dió por ayos á Federico II cuatro obispos, y mandó al punto á un legado para que tomase posesion del gobierno, en el cual, como se hallaba reunido el poder eclesiástico al civil, cesaron las contiendas. Los grandes del reino no permanecieron en paz, y Markualdo, duque alemán, colocado en la Romanía por Enrique, cuando fué expulsado de este territorio, volvió á su condado de Molise, y se puso á la cabeza de la faccion gibelina, pretendiendo la tutela del joven rey como medio de hacerse independiente. Los nobles estaban de parte de los Gibelinos que tan pronto manifestaban orgullo como debilidad, mientras el pueblo aborrecia á los Alemanes, de tal manera que los peregrinos que iban á la Tierra Santa no podian atravesar impunemente el reino.

Entretanto, Gualtero de Brienne, esposo de la hija mayor del rey Tancredo, que habia sido puesta en libertad á instancia del papa, aspiraba á poseer á Tarento y á Lecce; pero otro Gualtero, arzobispo de Palermo y archicanciller, protestó contra aquellas pretensiones calificándolas como un acto arbitrario. Inocencio le excomulgó, y para conservar íntegro el patrimonio de su pupilo, se vió precisado á recurrir á las armas: la fortuna de los combatientes estaba indecisa, pero al fin Markualdo triunfó y tuvo sujeta á la Sicilia hasta su muerte.

1201.

Al mismo tiempo en Alemania apénas se supo la muerte de Enrique, se negaron los príncipes á obedecer al niño Federico II, no considerándose obligados á su obediencia porque no le habian prestado el correspondiente juramento ántes de su bautizo. El papa no queria forzarles á ella conociendo que no era una dignidad hereditaria; pero queria que el que ejerciese la potestad imperial fuese apto para su difícil desempeño. Felipe de Suabia, hijo de Barbaroja, duque de Toscana, y que como pariente mas cercano de Enrique guardaba el cetro, la espada, la corona, el globo y la lanza sagrada, no contento con ser regente en nombre de su sobrino, hizo que le eligiesen los Estados de Suabia, Sajonia, Baviera, Franconia y Bohemia, y que le coronasen en Maguncia; pero los Güelfos se opusieron, nombrando en su lugar á Oton IV, hijo de Enrique el Leon, el cual apoderándose de Aquisgran, se hizo ungir por el arzobispo de Colonia.

1198.
Marzo.

Oton IV.

Aquella resolucion fué puesta en conocimiento del papa, el cual excluyó á Federico porque era un niño; desechó á Felipe por las vejaciones que causaba á la Iglesia como duque de Toscana, y porque tenia aun prisioneros al obispo de Salerno y á la familia real de Tancredo; alabó el nombramiento de Oton, aunque le pareció habia sido elegido por muy pocos votos. Los dos rivales, pues, recurrieron á las armas; Felipe, prodigando los bienes de su casa, aumentó sus partidarios, pero al fin el papa se resolvió y envió un legado para que excomulgase á Felipe

y á los suyos, y proclamase á Oton emperador legítimo.

Este, delante de los tres enviados pontificios, prestó el siguiente juramento: « Yo Oton, por la gracia de Dios, prometo y juro proteger con todas mis fuerzas y de buena fe al señor papa Inocencio y á sus sucesores y á la Iglesia Romana en todos sus dominios, feudos y derechos, como están determinados por los actos de muchos emperadores desde Luis el Piadoso hasta nos; no inquietarlos en la posesion de lo que han adquirido; ayudarles en lo que aun deban adquirir, si el papa me lo mandare, cuando yo sea llamado por la Santa Sede para recibir la corona. Ademas, prestaré mi apoyo á la Iglesia Romana para defender el reino de Sicilia, tributando al señor papa obediencia y honor como acostumbraron hacerlo todos los piadosos emperadores católicos hasta el dia. En cuanto á las garantías de los derechos y costumbres del pueblo romano y de las ligas lombarda y toscana, me atenderé á los consejos é intenciones de la Santa Sede, lo mismo que en lo relativo á la paz con el rey de Francia. Si la Iglesia Romana se hallase en guerra por mi causa, le suministraré dinero segun mis recursos. El presente juramento será ratificado de palabra y por escrito al obtener la corona imperial. »

Los Alemanes echaron en cara á Oton aquel acto de debilidad, porque su amor á la patria les hacia querer que el emperador dominase siempre al papa, y que la Italia estuviese sometida á la Alemania. Acaso pensará de distinto modo el que observe que, en suma, todo lo que exigia el papa, era la independencia de la Iglesia y de la Italia. Pero el hecho fué que los príncipes tomaron muy á mal que el papa les diese un emperador y les impusiese condiciones; y escribieron sobre el asunto con gran calor. Á lo cual respondió el papa, que no disputaba á los príncipes el derecho de nombrar emperador, tanto ménos cuanto que este derecho lo habian recibido de la Santa Sede; pero que á él le correspondia conferir el imperio á quien creyera digno, como lo habia hecho entónces por medio de sus legados.

Entretanto, como se iba disolviendo el partido de Oton, se envió á Roma por un tratado para concluir la guerra civil. Absuelto Felipe, concertó una tregua con Oton hasta San Juan de 1208; pero cuatro dias ántes de que concluyese, le asesinó Oton de Wittelsbach por satisfacer una venganza personal, por lo cual terminó la guerra civil que habia durado diez años (1). Todos los votos recayeron entónces en

(1) Felipe habia prometido á Oton de Wittelsbach la mano de Cunegunda, su segunda hija; pero conociendo que tenia un carácter impetuoso, retiró su palabra. Oton le pidió una carta de recomendacion para el rey de Polonia, diciéndole que queria ir á buscar fortuna; pero habiéndola abierto vió que daba de él malos informes. Sin embargo, no se dió por entendido, y entrando despues en la cámara de Felipe en Bamberg, entre algunos señores, le mató y huyó. Hallándose proscripto en el imperio, anduvo errante, hasta que Enrique de Calatin, mariscal

1201
8 de
junio.

Oton que hallándose casado con Beatriz, hija de Felipe, reunia las dos casas de los Güelfos y de los Hohenstaufen, y el cual se dirigió á Italia para coronarse.

Mientras los emperadores peleaban, los Lombardos completaban su legislacion, y la clase média tomaba incremento, tanto por las riquezas que le proporcionaba el comercio, cuanto por haber pasado á ella muchas casas nobles; y tambien por haber sacudido completamente el yugo de los señores eclesiásticos. Tambien la última clase del pueblo procuró tener derechos y privilegios, obteniendo en todas partes participacion en el gobierno y en la magistratura, y cuando no, formó asociaciones particulares para hacer la oposicion al poder. Movimientos tan vitales no podian efectuarse sin tumultos, de los cuales se aprovechaban algunos para oprimir á la patria. Entretanto, algunos nobles que permanecian independientes en sus castillos, procuraban adquirir en las ciudades inmediatas el dominio que en otro tiempo habian ejercido los condes. Muchos de ellos, que vivian en los Apeninos, rodeaban las repúblicas toscanas; pero como estaban distantes de las ciudades, no pensaban ó no conseguian formar partidos, ni lograron adquirir preponderancia. Lo contrario sucedió en la Marca Trevisana, donde adelantándose las últimas cordilleras de los Alpes y las colinas Euganeas en medio de alegres campiñas y pintorescas ciudades, pudieron los señores bien defendidos en las alturas continuar ejerciendo su influencia en las ciudades, en las cuales tambien construyeron grandes palacios.

Entre estas familias prevalecieron los Salin-guerra de Ferrara, los Camposampiero de Padua, los Güelfos de Este, y los Eccelinos de Romano. Estos últimos descendian de un Aleman que pasó á Italia con Conrado II, y que tomó en feudo las tierras de Onaro y Romano en la Marca de Treviso. Sus descendientes, engrandeciéndose por medios violentos, se hicieron campeones del partido gibelino de Venecia, emparentaron de grado ó por fuerza con familias poderosas, y se aliaron con Verona y Padua. Era inevitable un rompimiento entre estos y los Estensi, parientes de los duques de Baviera y Sajonia, y por tanto jefes del partido güelfo y protectores de los papas en sus luchas contra la casa de Suabia. Unos y otros trataban de tener preponderancia en las ciudades del contorno, que se veían por tanto obligadas á someterse á una desdichada oligarquía, alterada por incesantes discordias, y empeñadas muchas veces en guerras tenaces.

En guerra los encontró Oton cuando bajó de los Alpes; el cual como de casa güelfa esperaba el apoyo de aquel bando, y que los Gibelinos le ayudarian como rey de Germania. Reconcilió

del emperador, que iba acompañado de uno á quien el mismo Oton le habia muerto un hermano, descubrieron al homicida en una casa medio destruida cerca de Ratisbona y le degollaron. Se cree que de sus hijos vienen los condes de Salin.

en efecto á Eccelino de Romano con Azzo de Este, pero su union duró poco; y los Güelfos y Gibelinos se hallaban demasiado preocupados con las propias vicisitudes para pensar en los asuntos del emperador.

Sin embargo, fué recibido con regocijos públicos por los muchos enemigos de la casa de Suabia; Inocencio III salió á su encuentro para coronarle en Viterbo; pero esta armonía duró muy poco tiempo. El orgullo de los Alemanes iba progresivamente disgustando á los Romanos, al mismo tiempo que un gran número de cardenales continuaba siendo enemigo de Oton. Habiendo este jurado, segun costumbre, que procuraria recobrase el imperio todo lo que habia perdido, pretendió agregarle, previo el parecer de los juriconsultos, á Viterbo, Montefiascone, Orvieto, Perugia y Espoleto; protegió á la familia Pierleone, que era furiosamente gibelina; dió la Marca de Ancona á Azzo II de Este por su propia autoridad, sin contar con el papa; y con el objeto de humillar á Federico, entró en la Apulia para sostener en ella la supremacia imperial, coligándose con los generales alemanes que residian en aquel pais. Tal modo de proceder estaba en oposicion con el juramento que habia hecho á Inocencio de respetar los derechos adquiridos por la Santa Sede.

Inocencio excomulgó al emperador güelfo; pero Oton, continuando la conquista de la Apulia, se preparaba ya á pasar á Sicilia, cuando se vió defendido por las conmociones que el anatema lanzado por el papa habia producido en Alemania. La muerte de Beatriz rompió los lazos que unian á Oton con el partido de Suabia, en tanto que el papa le oponia á Federico II.

Este fué recibido en Roma con grandes atenciones por Inocencio, el cual, dándole su bendicion y sus galeras, lo envió á Génova, desde donde combatido por las ciudades güelfas de Lombardia que se acordaban aun de Barbaroja, pasó á Cóira, cuyo obispo fué el primero que le saludó como rey. En Constanza se atrajo por medio de su afabilidad y munificencia el afecto de los habitantes de la Suabia y de la Alsacia, provincias que habia heredado por la muerte de su tío, y se unió con Felipe Augusto de Francia contra el rey de Inglaterra Juan Sin Tierra y contra el emperador Oton.

Teniendo este un carácter poco á propósito para granjearse afectos, se vió obligado á salir del reino de Sicilia, recomendando la fidelidad á sus habitantes; convocó en Lodi las ciudades de Lombardia, pero solo asistieron las que se habian declarado amigas de Milan, que se conservaba fiel á Oton por efecto de su odio á los Suabos. Sin embargo, nada consiguió, ni dejaron tampoco de hostilizarse las facciones; ántes bien los asuntos iban en peor estado á causa del nacimiento de las sectas religiosas, que disminuyendo el poder clerical iban acostumbrando á los pueblos á no dar tanta importancia á las excomuniones. Venecia hizo la guerra á Padua, porque queria impedirle el comercio de tierra

1209.

1210.

1212.

firme: Milan combatió con Pavía y con los duques de Monferrato: los Malaspina de la Lunigiana con Génova; los Salinguerra con Módena, y en Florencia también la rivalidad de los Buondelmonti con los Amidei hizo resonar los nombres de Gúelfos y Gíbelinos.

Oton en tanto había procurado aplacar la tempestad que se había suscitado en Alemania, sometiendo á los tribunales y á los Estados; pero tal debilidad solo sirvió para dar mas audacia á los descontentos. Posteriormente habiendo marchado contra el rey de Francia con motivo de su union con el de Inglaterra y con el conde de Flándes, fué derrotado su ejército y puesto en fuga en Bovines. Falto entonces de crédito en Germania, volvió á sus Estados hereditarios; de modo que Federico fué coronado de nuevo rey de Alemania en Aquisgran, y según lo convenido con Inocencio, confirmó todas las prerogativas y posesiones de la Sede romana, prometió devolverle la Córcega y la Cerdeña, que entonces se hallaba en poder de los Pisanos, y cederle la Sicilia, apénas fuese emperador.

Esta era una nueva precaucion del papa para asegurar la independencia de Italia. Ya había unido con los vínculos del matrimonio á Federico II con Constanza de Aragon, viuda del rey de Hungría, también su pupila, y habiendo colocado en el trono aquel príncipe, hechura de la Santa Sede, podía esta esperar para lo sucesivo paz y nueva grandeza; pero la muerte le evitó el disgusto de ver la ingratitud de su protegido.

Antes de contar cómo se renovó la guerra entre el sacerdocio y el imperio, debemos describir dos hechos que señalaron el pontificado de Inocencio III, esto es, las dos Cruzadas contra Constantinopla, y contra los Albigenses.

CAPÍTULO III

Cuarta Cruzada (1202-4). — Emperadores francos en Constantinopla.

El imperio fundado por Saladino se hallaba destrozado entre los príncipes Ayubitas; los débiles Selyúcidas no sabían proporcionar á la Persia la tranquilidad que necesitaba; el imperio del Carism crecía amenazando al Corassan y á Bagdad; y tales divisiones impedían toda empresa comun y vigorosa contra los Cristianos. No se hallaban estos mas acordes en Palestina: Guido de Lusignan, desde que ocupó el trono de Chipre, ya no pensó en Jerusalem; Bohemundo, que reinaba en Antioquía y Trípoli, procuraba con ardides extender su dominio, y valiéndose de la fuerza, y aun de la perfidia, atacaba la Armenia; las tres órdenes de caballeros Templarios, Hospitalarios y Teutónicos, en que consistía la única fuerza de los Cristianos, llegaron en sus rivalidades á hacerse una cruda guerra.

Á la muerte de Saladino, creyó el papa que había caído el baluarte del islamismo, y en su

consecuencia predicó una nueva Cruzada. Enrique IV la aceptó; pero infiel á sus promesas, y cediendo mas bien á los impulsos de su ambicion que á los de la devocion, dejó ir á los demas cruzados, mandados por la flor de los príncipes alemanes, y por Margarita, reina de Hungría, que había consagrado su viudez á Jesucristo. Sin respetar la tregua de Saladino concluida con Ricardo Corazon de Leon, atacaron á los musulmanes, los cuales, al verse amenazados por un peligro comun, reunieron todas sus fuerzas. Malek-Adel, hermano de Saladino, y su principal guerrero, que aventajando en valor á todos los suyos, se engrandecía entre sus discordias, tomó por asalto y desmanteló la ciudad de Jafa, antemural de Jerusalem al Occidente; pero los musulmanes fueron derrotados en Sidon, y se les reconquistaron muchas ciudades, recogiendo un inmenso botin. Nuevos refuerzos llegaron de Europa á la sazón; pero mientras el devoto entusiasmo del soldado solo se dirigía á Jerusalem, los jefes fijaban su vista en las ciudades marítimas. No disminuía el valor acostumbrado, pero faltaba una acertada direccion. Las empresas comenzaban con fervor, pero no se sabía llevarlas á cabo, y fomentándose las enemistades, dirigían unos contra otros las armas que habían empuñado contra el enemigo comun, ó se detenían á mitad de una expedicion para regresar á Europa, donde les llamaban con urgencia otros intereses. De esta suerte los debates sobre la sucesion del imperio germánico hicieron que los cruzados alemanes regresasen á su patria, sin acabar su empresa, y Amalrico tuvo por gran ventaja renovar la tregua con Malek-Adel.

Pronto subió al solio pontificio Inocencio III, y aunque llamaban enteramente su atencion los deberes del pontificado, pensó al momento en la Ciudad Santa, y no cesó de animar á los pueblos para recobrarla del poder de los infieles, y al clero á tomar parte en las fatigas y gastos de aquella empresa. Previendo las objeciones á que pudiera dar lugar la propension de aquel siglo á denigrarlo todo, quiso que las contribuciones del clero de cada país se administrasen por dos caballeros de las dos órdenes de Jerusalem y el diocesano, á quienes se remitiría el dinero entregado, para asalariar tropas, ó para otras necesidades de la guerra santa (1). El mismo pontífice hizo fundir su vajilla de oro y plata, sirviéndose solo de las de barro y madera mientras duró la Cruzada.

Su legado Pedro de Capua reconcilió á Ricardo Corazon de Leon con Felipe Augusto, y en un torneo que dió proclamó la Cruzada; pero surtió poco efecto, porque una nueva guerra separó de la empresa á ambas naciones. Felipe Augusto, en lucha con el papa por la causa de Ingelberga, no se hallaba dispuesto á cruzarse; pero Fulco, cura de Neuilly, acogió los votos

(1) Heeren en su obra titulada *Influencia de las Cruzadas* da á esta contribucion el nombre de operacion fiscal.

de la Cristiandad. Este sacerdote, que de una vida disoluta había vuelto á la senda de la virtud, principió á predicar la penitencia. Ignorante, pero fervoroso, expresaba mejor que otro los sentimientos comunes en lenguaje popular, y desde la miserable choza hasta el regio palacio se hizo oír su elocuencia. Muchas veces no obtenía silencio sino maldiciendo á los que alborotaban; otras daba palos á todos lados para aquietar la muchedumbre, y los que recibían alguna herida besaban la sangre que de ella fluía. Predicando un dia en el camino de Champel á Paris, ante un pueblo inmenso, entusiasmo de tal manera á los eclesiásticos y los legos, que muchos despojándose de sus vestidos y calzado le presentaron disciplinas para que los castigase según merecían. Entonces, levantando su voz, reprendió á los doctos las vanidades en que perdían el tiempo, y á los clérigos y prelados el escandaloso descuido de sus deberes. Al rey y á los nobles les exhortó á penitencia, sin que le intimidasen las prisiones y tormentos con que suelen recompensar al que usa de la verdad con franqueza. En una ocasion en que la multitud se preparaba para quitarle el manto, *no está bendito*, les dijo, *esperad á que bendiga el vestido de este hombre*. Al momento hizo sobre él la señal de la cruz y todos se disputaban sus pedazos.

Inocencio vió en este hombre el único que podía sustituir á Pedro el Ermitaño y á San Bernardo, y pronto Fulco tomó la Cruz y fué por todas partes á predicarla, reuniéndose muchos monjes en calidad de coadjutores. Habiendo sabido que en el castillo de Ecry, en Champaña, debía celebrarse un torneo, fué allá al momento y proclamó la Cruzada en medio de las fiestas profanas. De este modo Tibaldo IV, conde de aquel país, que recibía el homenaje de dos mil quinientos caballeros; Luis, conde de Chârtres y Blois, y otros muchísimos barones y prelados, tomaron la divisa de la cruz roja. En aquella expedicion solo admitieron tropas disciplinadas, pero Fulco murió antes de verla principiada.

Entretanto llegaban los continuos gemidos de la Palestina, y el papa echaba en cara á los Cristianos su lentitud é indiferencia. Prohibió por cinco años toda clase de espectáculos, comprendiendo en ellos los torneos, y se mandaron embajadores á Venecia para pedir auxilios á esta república. Era entonces dux Enrique Dandolo, ardiente defensor de la gloria nacional, ya con las armas, ya por medio de negociaciones y á quien el emperador de Oriente había ultrajado y dejádole casi ciego. Noventa años acumulados sobre su cabeza no le quitaban su actividad, que despertó de nuevo al proponerle una empresa que podía reportar á su patria honor y ventajas.

Los enviados le pidieron naves para trasportar cuatro mil quinientos caballos, veinte mil infantes y provisiones para nueve meses, y Dandolo lo prometió todo, mediante el pago de ochenta y cinco mil marcos (4.250,000 francos),

La república se obligó además á tener en el mar cincuenta galeras, siempre que se le cediesen la mitad de los países conquistados. Los Cruzados aceptaron estas proposiciones, y el dux reunió el pueblo en San Márcos. Celebrada la misa del Espíritu Santo, se levantó y enteró al público de las peticiones y de los convenios estipulados. Los enviados, persuadidos que ninguna nacion era tan poderosa por mar como Venecia, ni por tierra como los Franceses, se pusieron de rodillas, tendieron sus manos en actitud suplicante, y juraron por sus armas y por los Santos Evangelios cumplir estrictamente las condiciones del convenio. El pueblo, á voz en grito, aplaudió el tratado; pero el entusiasmo se aumentó de un modo inaudito, cuando el octogenario dux se puso la cruz sobre el gorro ducal, jurando vivir y morir con los peregrinos; de modo que enternecidos se mezclaban abrazándose los barones franceses con los comerciantes venecianos (1).

Las rivalidades hicieron que Pisa y Génova no tomasen parte en aquella expedicion; pero los Lombardos y Piamonteses respondieron á la invitacion, y Bonifacio II, marques de Monferrato, fué elegido jefe de la Cruzada, para la cual acudieron á Italia innumerables gentes de Flándes y Francia. Los Franceses hallaron en Venecia aparejadas las naves, pero los demas Cruzados se embarcaron en otros puertos, con daño propio y de la expedicion, por faltarles dinero para pagar el flete á los Venecianos, á pesar de haber reducido á cequíes sus vasos y joyas; y dando todos cuanto poseían, excepto sus caballos y armas, se entregaron confiadamente en manos de la Providencia.

Venecia obraba por cálculo, no por entusiasmo; y apénas comprendió que no podría cobrar toda la suma pactada, propuso el dux condonarla, siempre que los Cruzados ayudasen á la república á recuperar á Zara, que se había desmembrado de sus Estados para agregarse á los del rey de Hungría. Muchos tenían escrúpulo de volver contra los Cristianos las armas tomadas para atacar infieles; y hasta se opuso el papa, en razon á que habiendo tomado la

(1) « Lors furent assemblés à une dimanche à l'église Saint-Marc. Si ére une multe feste, et i fu li peuple de la terre, et li plus des barons et des pelerins. Devant ce que la grant messe comencast, li dux de Venise qui avait nom Henris Dandole, monta el leteru, et parla au peuple, et lor dist: « Seigneur, accompagné estes ai la meilleur gent du monde, et por le plus halt affaire que onques genz entrepissent: et je sui viulx hom et febles, et auroie mestier de repos, et moaigniez sui de mon cors: més je voi que nus ne vos sauroit si gouverner et si maistrer come je que votre sire sui. Se vos volies otroier que je presse le signe de la croix por vos gardere, et por vos enseigner, et mes fils remensis en mon leu, et gardasi la terre, je iroie vivre ou mourir avec vos et avec les pelerins. » Et quand cil oirent, si s'écrierent tuit à une voix: « Nos vos prions por Dieu que vos l'otroiez, et que vos le façois, et que vos en vieignes avec nos... Mult oi illuce grant pitié el peuple de la terre et des pelerins mainte larme ploree, porce que cil prodrom aust si grant oehison de remanoir... Ha! com mal le sembloient cil qui à autres par estoient allé por esschiver le peril! Ensi avala li titeril, et alla de vant l'autel, et se mist à genoiz mult plorant, et il li consierent la croix en un grant chapel de coton, porce que il voloit que la gent la veissent. VILLEHARDOUIN, testigo ocular. »